



El Museo del Carmen

EN SUS 80 AÑOS

Alfredo Marín Gutiérrez* y Ricardo Cardona Torres**

En el sur de la ciudad de México, sitiado por el intenso tránsito de dos grandes avenidas, un viejo edificio en mampostería de piedra volcánica conserva su silencio intacto. Los postes de luz, los cables, los comercios, la publicidad parecen asfixiarlo. El desdén de los vehículos, la velocidad o el embotellamiento, el ruido siempre, parecen reducir el edificio o incluso lograr que pase inadvertido, como un paréntesis en el paisaje. A esta embestida, él sólo contesta con su silencio. Su silencio limpio y sencillo. El mismo que lo ha habitado desde hace casi 400 años. El mismo que tampoco se perturbaba con el fragor de mulas y caballos exhaustos, las aves hambrientas o aturcidas, los perros, los carruajes, las fuentes, los riachuelos, la lejana locomotora.

Porque este edificio, construido en la antiquísima comunidad de Tenanitla, fue hecho para eso, para la autosuficiencia, para la vida propia, en fin, para la clausura. Y fue hecho por un fraile genial, este convento con capacidad para dar albergue a más de 50 religiosos. San Ángel mártir, de los hermanos de Nuestra Bienaventurada Madre del Monte Carmelo. Un convento con su propio bosque, ríos, huertas, molinos, acueductos. Con su iglesia, que aún conserva. Su cementerio. Lo que no conservó propio fue su nombre, San Ángel, porque la comunidad decidió apropiárselo desde sus mismos principios, en el siglo XVI. Curiosamente, San Ángel se llama todo lo que desde entonces lo rodea, mientras que él hoy se distingue con velado nombre de mujer, El Carmen. Pero no nos adelantemos. Volvamos al antiguo convento mal llamado así por tratarse en realidad de un colegio, que recibió a sus primeros alumnos y futuros confesores en la Navidad de 1616 y se despidió de los últimos en 1858, cuando dejó de ser colegio por las Leyes de Reforma. Se extinguió al menos con la certeza de haber sido la más bella de las fundaciones carmelitas novohispanas, a decir de los propios frailes, cuyas autoridades, pudiendo escoger otra entre las que enriquecían la orden en distintas y también amenas latitudes, decidieron que San Ángel y sólo San Ángel fuera la sede trienal de sus capítulos provinciales de manera ininterrumpida durante 242 años, hasta su desintegración.

Mucha sería la belleza. Tanta, que un puñado de décadas de incuria y abandono no fue suficiente para destruirla por completo. El edificio fue fragmentado. La histórica y portentosa huerta desapareció lotificada. Los retablos, en su mayoría, perecieron desmembrados. Un considerable número de piezas de arte, desaparecidas. La pintura mural, recubierta o arrasada. Y, sin embargo, la belleza permaneció. Acurrucada entre los muros que aún conservaban la dignidad de su arquitectura, la armonía de las proporciones, la serenidad del espíritu carmelita. Permaneció en los lienzos y esculturas que por fortuna e ignorancia sobrevivieron la rapiña. En la atmósfera suspendida en patios y jardines, pasillos y claustros, nutrida por siglos

de misticismo religioso, la devoción académica de los frailes y un entorno natural privilegiado.

Y por ello, en 1929, nació el Museo del Carmen. Pero no lo hizo de un día para otro. Y tampoco lo hizo solo. El proceso de gestación del Carmen, iniciado años atrás, fue también el de otros espacios con los que sin duda tiene vínculos fraternos, como Acolman, Tepotzotlán, Guadalupe, Churubusco... La idea de museo comenzó a cortejar los muros del ex colegio desde 1921, ante la apremiante necesidad de proteger las piezas que habían dejado atrás los frailes y el edificio mismo. Fue cuando apareció un personaje cuya trascendencia sería definitiva: Jorge Enciso Alatorre, que, como responsable de la oficina de Monumentos Coloniales y de la República de la Secretaría de Educación Pública, nombró al primer *encargado* del recinto y emprendió acciones de conservación y rescate tanto del inmueble como de las piezas artísticas y la pintura mural supervivientes. Los primeros inventarios y montajes museográficos se sucedieron entonces, con el apoyo de personalidades como Manuel Toussaint. La coyuntura definitiva que llevó a formalizar la creación del museo de sitio del Carmen, en 1929, fue el protagonismo que adquirió San Ángel en la vida pública del país tras el asesinato de Álvaro Obregón y el proceso judicial en contra de sus asesinos, que se llevó a cabo en el antiguo ayuntamiento. Jorge Enciso, considerado el fundador del museo, lo ungió del carácter nacionalista congruente al ideario posrevolucionario de la época, proveyéndolo de piezas históricas procedentes del Castillo de Chapultepec y del Museo Histórico de Churubusco, con las que montó una didáctica exposición de historia de México dirigida a fortalecer la identidad nacional.

Sin embargo, la vocación del museo pronto se ajustaría con más fidelidad a la naturaleza del recinto. Las piezas genuinas del colegio carmelita, que habían resistido a los estragos voluntarios e involuntarios del tiempo, recuperaron su viejo protagonismo a pesar de su frágil estado de conservación. Los próceres y estandartes en su mayoría volvieron a su lugar de origen. La colección fue nutrida con obras de arte religioso provenientes de museos como el de Santa Mónica, en Puebla, el Museo Regional de Guadalajara y el propio Ex Convento de Churubusco. Finalmente, a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado, se incorporaron a la colección otras tantas piezas que la Procuraduría General de la República entregó al INAH para su custodia como resultado de operativos y decomisos en diversas regiones del país. Así se consolidó una meritoria colección que sin lugar a dudas confiere al museo una vocación artístico-religiosa, conformándolo definitivamente como un museo de arte virreinal, predominantemente religioso.

Hablamos del pasado para entender el presente. El presente habla de un museo comprometido con su valiosísima herencia, porque el pasado nos recuerda que en 1932 el ex colegio

del Carmen fue declarado monumento histórico nacional, es decir, que desde entonces las autoridades están obligadas por ley a protegerlo de la destrucción y el olvido. El presente evidencia a un museo que, a pesar de su ubicación y contemporaneidad, conserva cierto espíritu provincial que lo hace porfiar en su querencia por su comunidad. Y es que el pasado nos cuenta de una relación de casi 400 años de existencia, lo que explica que San Ángel y su museo no sean comprensibles uno sin el otro. Arrogante es uno cuando ignora al otro. Pobre sería el otro si ignorase al primero. Ambos mutilados.

UNA TRADICIÓN DE SAN ÁNGEL

La historia del Museo del Carmen se entrelaza con la de San Ángel más de lo que podríamos suponer. El antiguo colegio carmelita consolidó el desarrollo demográfico, económico y social del pueblo. La enorme huerta y las intensas relaciones tanto espirituales como comerciales que los frailes establecieron con la comunidad dan cuenta de ello. Además, fue cuna de festejos y tradiciones esenciales del pueblo, como la feria de Las Flores,



una centenaria verbena popular derivada de la fiesta de la Virgen del Carmen, reina y patrona de la orden. La evidencia está en la música, el color, los aromas y sabores que año tras año inundan el atrio del templo cada 16 de julio y las calles y plazas colindantes, como lo han venido haciendo desde mediados del siglo XIX. Esta esencia comunitaria también se dibuja claramente en esta anécdota: en tiempos de la Revolución, una incursión zapatista en San Ángel culminó en el incidental descubrimiento de doce cuerpos momificados en las criptas del abandonado convento. Algún fraile pretendió darles nuevamente cristiana sepultura, pero la gente lo impidió. Al margen de la polémica que han generado, las momias ya se habían convertido en un ícono de la comunidad y las criptas del Carmen, en una fuente inagotable de la imaginación y la fantasía del pueblo. Esto es patrimonio y, como tal, debe ser preservado.

Ineludiblemente, el museo es un ente social, un espacio abierto que debe articular buena parte de sus funciones a las necesidades y preocupaciones de la sociedad. Para ello debe estar atento a sus dinámicas cada vez más aceleradas de trans-

formaciones políticas, económicas, urbanas, ambientales y, desde luego, también éticas y morales. Para evitar el aislamiento y las salas vacías es imprescindible que el museo ofrezca un discurso interactivo que lo mantenga vigente en el ánimo del público. Un discurso que empate la interpretación de un pasado respecto del presente concreto y con una actitud realista y objetiva hacia el futuro.

San Ángel es una colonia plural y multifacética. Su comunidad está compuesta por una compleja diversidad de actores sociales: los propietarios de las grandes casonas, los centros culturales, los bazares, los tradicionales mercados de las flores y el Melchor Múzquiz, la comunidad que concurre a las iglesias del Carmen y San Jacinto, el barrio de Tizapán, etcétera. Todos ellos, sin embargo, convergen en un factor muy importante: la identidad. Factores como su historia, su privilegiada situación geográfica, sus valores artísticos y arquitectónicos, sus plazas y jardines, entre otros, han contribuido a que los sanangelinos desarrollen una identidad propia que aún se respira en ciertos usos y costumbres vigentes en la zona. Es este sentimiento de pertenencia la plataforma adecuada para estrechar el vínculo y lograr que la comunidad se identifique y se apropie del museo. Es bien sabido que la identidad de un pueblo se fortalece cuando conoce y aprende a valorar su patrimonio. En este sentido, el espíritu del Museo del Carmen es más cercano y se identifica mejor con el patrimonio intangible, es decir, aquel que constituye la parte “invisible” de las culturas o su espíritu mismo. Valores, tradiciones, creencias, la memoria de los antepasados, la tradición oral. Sin duda, la religiosidad popular y sus múltiples expresiones, fenómenos esenciales del patrimonio intangible, son temas permanentes en la agenda del museo. El trabajo y la promoción de este patrimonio ha encontrado una magnífica respuesta de la comunidad sanangelina, además de constituir una legítima herramienta para ganar su confianza y convertir al museo en un auténtico lugar de encuentro, donde sus integrantes logren mirarse a sí mismos al estar frente a frente con su patrimonio, percibiendo su historia y su comunidad con una luz diferente. Es difícil para la comunidad no asociar hoy en día las puntuales celebraciones de la feria de Las Flores, la colocación del altar de Dolores y del altar de muertos, y los eventos decembrinos con el Museo del Carmen.

LA ACTUALIDAD

El museo está actualmente bajo la dirección del licenciado en restauración Alfredo Marín Gutiérrez. Las metas, los apremios y entusiasmos no han de variar mucho de los que hace 80 años tuvo el primer encargado del recinto, sobre el que recayeron las primeras responsabilidades de conservación y custodia. Hoy se trabaja por la apertura de nuevas salas que enriquezcan el recorrido del visitante, tal vez de la misma forma en que estos encargados se las arreglaban para devolver la vida a viejos y

ruinosos espacios. La revaloración de la colección artística del museo mediante proyectos de investigación y la próxima publicación de catálogos no distan mucho de los primeros acercamientos a la identificación y preservación de las piezas que, a fuerza de voluntad, llevaron a cabo los encargados del museo, que por cierto tuvieron el derecho de vivir en sus instalaciones con sus familias. El último en habitar las viejas celdas y crujías fue también el primero en contar con una formación profesional museológica, don Antonio Lebrija Celay, cuya larga gestión tuvo lugar de 1960 a 1980. El encargado se convirtió entonces en director. Posteriormente, antropólogos, historiadores, museógrafos y restauradores han tenido a su cargo la



dirección del museo. Y, sin embargo, el aprovechamiento y la valoración, la entrega y el goce que genera este recinto en quienes lo viven, tienen el mismo espíritu que el de 80 años atrás. Lo que ha evolucionado es el discurso del museo y el reclamo de la gente. Las intenciones de uno y las necesidades de otros. El Carmen ha transitado de lo decorativo a lo descriptivo. De lo narrativo a lo interpretativo. Se busca la interacción. Concebido originalmente como un museo regional o de sitio, es hoy un museo que lanza interrogantes a la sociedad sobre historia y arte colonial, pero sobre todo en cuanto al frágil devenir del patrimonio y las secuelas del olvido y el desdén de la comunidad. Imágenes de santos, cristos y vírgenes están aquí como hace 200 o 300 años; las momias o el grupo de 50 figuras humanas casi en miniatura de la artista contemporánea Carmen de Antúnez se incorporaron a la colección del museo en el siglo pasado. Cada uno tiene su propia historia que contar, pero qué tienen que decirle hoy al visitante del siglo XXI, sanangelino, extranjero, niño, adulto, aficionado, especialista, tomando en cuenta toda su estrambótica, singular y a veces hostil carga de contemporaneidad. Éstos son los cuestionamientos esenciales que asume el museo en la actualidad.

Hoy es tiempo de festejos. En camino están la publicación de catálogos, la impresión de carteles conmemorativos y la muestra *80 años, 80 obras del Museo del Carmen*. Nuestra celebración evidentemente se abraza con el 70 aniversario del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Pronto habrán de celebrarse, también, los cuatro siglos transcurridos en la vida de este edificio desde que su fabuloso creador, fray Andrés de San Miguel, tirados los cordeles y abiertos los cimientos en esta “huerta de Cuyuacán”, a tres leguas de México, pusiera su segunda y tercera piedra ante las excelentísimas dignidades civiles y religiosas “de este reino” de la Nueva España, el día 29 de junio del año MDCXV ❖

* Restaurador. Director del Museo del Carmen-INAH.

** Colaborador del Museo del Carmen.

Arriba Acueducto del ex Convento del Carmen (1900-10)
Izquierda Vista del Museo del Carmen desde la avenida de los Insurgentes (1945)

Abajo Cripta (1921) **Fotografía** Guillermo Kahlo

